



henriquez ureña, mi padre

No se me ocurre nada más indicado que comenzar poniendo estos versos proféticos de Salomé Ureña de Henríquez, su madre. Llevan por título "Mi Pedro" y fueron escritos cuando su hijo tenía apenas seis años.

*Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.*

*¡Si lo viérais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pesar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.*

*Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.*

*Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.*

*Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.*

*Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternura
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!*

MI PADRE

Resulta difícil agregar algo más; no en vano se trata de una madre de excepción. El hijo hereda de ella, el amor a su patria, la vocación por la enseñanza y la dignidad moral.

Se podrían decir tantas cosas sobre mi padre, y ya se han dicho muchas, pero estoy segura que coincidiríamos todos los alumnos, amigos e hijas, porque se daba tal cual era, sin reservas. Era el hombre más ocupado y sin embargo siempre tenía tiempo para quien se le acercara solicitando ayuda o consejo. Tenía el don de elevar cualquier conversación por trivial que fuera. Encontraba siempre el ángulo interesante y nadie se sintió cohibido frente a él, porque sabía entregarse con la mayor sencillez. Su cultura se iba descubriendo poco a poco para el profano. Para mí que lo conocí desde siempre, la situación es muy distinta; cuando niña, me parecía natural que lo supiera todo: matemáticas, música, astronomía, pintura, botánica, historia, cualquier cosa. Poco a poco me fui dando cuenta que se trataba de un ser excepcional. Yo creía que todos los hombres eran así; con su sencillez, su modestia, su finura, es que sin duda es así como los hombres deberían ser.

Con nosotras redoblaba su interés en darnos en cada palabra una enseñanza. Nos llevó al teatro y a la ópera desde muy niñas si tenía a mano nos hacía leer la pieza que veríamos. En los conciertos, si conseguía, llevaba la partitura. Muchas veces jugábamos a adivinar trozos de poesías, que por supuesto nos decía de memoria, y la que adivinaba, mi hermana o yo, recibía en premio 10 centavos.

Nos enseñó a cantar, tenía una buena voz de bajo. Cantábamos los tres

después de haber estado juntos en la ópera.

Nos enseñó a educar la voz, nos enseñó a gustar de la buena mesa, a bailar el vals, a tantas cosas... y por supuesto a leer; a leer siempre buenos libros, no permitió nunca que hubieran en la casa malas revistas o periódicos.

Nos hablaba de todo, no había ningún tema que no supiera adaptar y hacerlo comprensible a nuestras mentes juveniles, y cuando se daba cuenta que habíamos comprendido o decíamos algo que él consideraba justo o acertado se veía en sus ojos una chispita de luz y apenas dibujaba una sonrisa...

Nuestras salidas se continuaron siempre y siendo jóvenes fuimos compañeros inseparables.

Se ha dicho que enseñaba sin darse cuenta y es verdad, siempre estaba alerta para encontrar el orden donde no lo hubiera, el interés donde a simple vista pareciera no encontrarse.

Recuerdo conversaciones con sus amigos, conversaciones sobre los más diversos temas y que yo desgraciadamente entendía entonces a medias. Para él la conversación era el ejercicio constante de la inteligencia. Nunca tuvo fatiga para ello, y podía hacerlo en cualquier parte; en el tranvía, en una recepción, en la calle. Podía hacer abstracción del lugar donde estuviera.

Sin embargo, para ese hombre que sabía conceder y perdonar, había temas que lo sublevaban; cuando se hablaba de política, de discriminación racial y de la dignidad humana.

Vivió feliz en este país al que quiso tanto. Siempre decía que en Argentina se respetaba el trabajo ajeno y se conocía la amistad, y él, que como muy pocos, tuvo un verdadero culto a la

amistad, se encontró a gusto aquí.

Desgraciadamente su tarea diaria fue abrumadora, y le quedaba muy poco tiempo para su labor personal. Su obra hubiera sido mucho mayor de haber podido despreocuparse, en cierta medida, de los problemas diarios. La prueba es el fruto que dejó su viaje a los Estados Unidos, cuando fue invitado por la Universidad de Harvard, en 1940-41, para ocupar la cátedra Eliot Norton. Esos nueve meses, libres de preocupaciones, dieron como resultado su libro "Las corrientes literarias en la América Hispánica". Sin embargo, y sobre esto no me cabe la menor duda, hubiera sido su mayor deseo vivir y darlo todo en su Santo Domingo. Desgraciadamente ese deseo no pudo cumplirse nunca. Desde muy joven aban-

donó su patria y ya en su plenitud intentó establecerse y vivir definitivamente en su país, pero no fue posible. Recuerdo la amargura de esos años, cuando regresó de su frustrado intento. Si tuvo preocupaciones era difícil saberlo, porque todas las cosas en él cobraban una elevación que relativizaba los sinsabores de lo cotidiano. Pero esta vez no pudo disimularlo y su abatimiento fue grande.

Su línea inquebrantable a lo largo de toda su vida no le permitió aceptar tantos ofrecimientos que lo hubieran aliviado. Prefirió vivir dando clases como profesor adjunto y como profesor del Colegio Nacional. Si no vemos actuación política, vemos abstinencia, lo que en algunas circunstancias es casi lo mismo.